

Mis "compañeros de travesía".

como los llamo (en realidad, un grupo de mis alumnos en la Universidad Militar Nueva Granada), leyó y trabajó mi novela "La última guerra", dentro de mi propósito de enseñarles no sólo a leer, sino también a escribir. Porque la mayoría de los adultos colombianos, no lee, y por eso mismo, no escribe. Han mantenido cerradas sus puertas y ventanas sin permitir que les llegue la magia de la lec-

conciencia de si misma; porque una persona que no lee, no tiene derroteros: apenas va detrás de los otros, una persona que no lee, no tiene voz: apenas es un eco. Pero, en este caso, quiero imaginar que todos los más de cien alumnos que forman el curso, leyeron el libro, y lo sintieron profundamente, lo asimilaron, lo padecieron. Tal vez porque en la vida desgarrada y terrible de Peregrino

ROTO

UN PAÍS

tura, que abre horizontes y caminos. Y son por eso mismo personas recortadas, carentes de imaginación, poco instruidas, ciegas del alma. A veces, de un grupo de cien estudiantes, seis o siete recuperan la vocación por la lectura. Eso no es suficiente, pero constituye el comienzo de una esperanza. Porque una sociedad que no lee, no tiene

Cadena, el protagonista, vieron la vida cotidiana de los colombianos, que hace años estamos asistiendo a la agonia de nuestro país, y que hemos visto que en los últimos meses (treinta meses o quizá menos), ha entrado en un periodo de cuidados intensivos, de los cuales será muy difícil que salga.

Fernando Soto Aparicio
Asesor Universidad Militar Nueva Granada

Cuando hace un tiempo estuve ausente de Colombia durante tres años, por razones diplomáticas, miré a mi país desde afuera, y el amor que siempre he tenido por él aumentó de una manera considerable. En otros países de Europa y África viví durante esos años la nostalgia de mi tierra, y supe qué tan cierta es esa afirmación de que uno no sabe lo que tiene hasta después de haberlo perdido. Yo no estaba desterrado ni exiliado, simplemente cumplía un trabajo agradable; el de representar a Colombia en otras partes. Pero la diversidad de costumbres y culturas que enfrentaba, destacaban en mi memoria lo que había dejado en esta América, tan llena de posibilidades y de equivocaciones.

Y es que mi amor por Colombia es indeclinable y permanente. Sobre todo, porque ella, como país, como paisaje, como sentimiento, como premonición y recuerdo, no tiene la culpa de lo que le hacen. Colombia es una tierra buena, generosa, noble, iluminada. Para mí Colombia no es el territorio que muestra un mapa o que definen y encasillan unas fronteras. Colombia es un joropo que sube como una mano tibia por la piel de la tarde; es un paisaje donde el cielo y la llanura se funden en el beso del horizonte; es un camino que se pierde entre los árboles, nuestros hermanos mayores a los que lamentablemente les hemos perdido el respeto; es un campo cruzado por los surcos, que fueron nuestro común denominador hasta



{ Se nos rompió Colombia entre las manos. Se nos sigue cayendo a pedazos cada día. }

que empezaron a sembrarlo de muertos; es una guitarra y una mano femenina que la acaricia y le despierta el entusiasmo de las melodías; es el mar que viene de otros mundos y nos trae una caracola en la que oímos la respiración pausada de las olas que bañaron las arenas de unas tierras distantes; es el pico de sus nevados desde donde alzando las manos creemos sentir contra

nuestra epidermis angustiada la inmensa piel de Dios; es un eucalipto, y un mortiño, y un arrayán que sabe a nuestra infancia; es un lago engastado como una esmeralda en el lomo de la cordillera, donde nuestros antepasados indios, nuestros abuelos muiscas comulgaban con la naturaleza, con sus dioses tutelares, con los que les cuidaban los amaneceres y las cosechas.



Pero por ese mismo amor, me duele mi país. Los siento como una herida que me sangra por dentro y me ensombrece la magia de las madrugadas. El país se nos rompió

Colombia es un sentimiento regado por dentro, como la luz de una lámpara a la que no logrará apagar nadie. Por eso, terminado mi trabajo en el exterior, volví a mi tierra. Y ya no quiero salir nunca de aquí, hasta el momento en que tenga que emprender el viaje grande, camino de la eternidad.

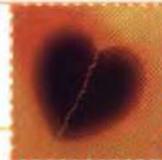
Pero por ese mismo amor, me duele mi país. Lo siento como una herida que me sangra por dentro y me ensombrece la magia de las madrugadas. El país se nos rompió, y como en el caso de una porcelana, mientras más se intenta recomponerlo más se le notan los remiendos. Está roto porque no hay un líder; porque no tiene quién lo conduzca, porque no existe una persona que ponga orden, que trace un norte, que señale un destino. Los dineros públicos, los que entre todos aportamos (porque el Estado no aporta un peso, no genera sino gastos), se pierden entre los bolsillos interminables de los corruptos. Con el agravante de que nunca los identifican; o, si los encuentran, el mismo establecimiento los encu-

gunos de mis libros, como en "Después empezará la madrugada", escrito al comienzo de los años setenta, y que mostraba el nacimiento y la evolución de la guerrilla, hasta ese momento. Ahora es una guerra sin cuartel y, como todas las guerras, sin vencedores pero con vencidos. Nadie gana una guerra: la pierden todos. Y nosotros, los colombianos, llevamos más de medio siglo perdiéndola.

La violencia está ahora en todas partes: dentro de la familia que ha perdido su noción de soporte de la sociedad y se ha fragmentado en diferentes egoísmos; en las calles donde se puede cometer un homicidio por unos miles de pesos; en los campos donde ya no quedan campesinos, así como tampoco queda maíz, ni trigo, ni cebada, ni papa, porque todos los alimentos (incluso el café, qué ironía) los estamos importando de otras naciones. El potro negro de la violencia tira coces por todos lados, desde los corralones de los guerrilleros que en cincuenta años no le han servido de nada al país; desde los

“

Colombia



”

bre, o les dan la casa por cárcel, o tratan por todos los medios de minimizar el castigo.

En este país lo primero que se rompió fue la justicia. Y por eso se ven casos tan absolutamente vergonzosos como el ocurrido con el escritor Gustavo Álvarez Gardeazábal, a quien condenan a seis años de cárcel por un supuesto delito de enriquecimiento ilícito por una suma pírrica, cuando otros que se apropian de millones de dólares andan como Pedro por su casa. Se perdió el respeto a la justicia, ya no le tenemos el sano temor reverencial que debería inspirarnos. Por esa vena rota del peculado y demás delitos contra los bienes públicos, se va la riqueza de Colombia camino de otros países, en donde los ladrones de cuello blanco viven a sus anchas, sin el menor sentido de dignidad, sin patria, pero con dinero.

Además, al país lo rompe, lo despedaza, el fenómeno de la violencia. Que ya no es el que aparece relatado en al-

cuarteles del narcotráfico, que sigue creciendo como una mancha que no se borrará ni en décadas de limpiarnos con los detergentes inútiles del arrepentimiento; desde las filas de los paramilitares, y desde el hombre de la calle, y el que defiende las instituciones, y el que cuida las fronteras, y el que vigila que la ley se cumpla. Porque la violencia es una epidemia que nos contagió a todos, es una lluvia ácida que nos tiene salpicados por todos los costados, y que nos convierte, aún en contra de nuestra voluntad, en peones de un juego que juegan los políticos, sin que nosotros, los del pueblo raso, sepamos con quién ni para qué.

¿Qué nos sacaría del bache? La paz, el trabajo, la honestidad. Los honestos son apenas unos pocos, que no tienen acceso a los caudales públicos. El trabajo no existe, porque las grandes empresas se han ido de un territorio en donde impera el miedo. Y la paz está cada día más manoseada y más distante; porque el llamado

"proceso de paz" es apenas un chicle sin sabor que nos dieron a masticar a los colombianos, y llevamos meses rumiándolo sin que nos sepa a nada.

¿Qué nos falta? Un gobierno que sepa llevarnos a buen puerto, pese a la furia de las olas; un dirigente que nos señale un camino; una autoridad que se imponga, sin arbitrariedades pero con firmeza; un líder que tome la bandera de la que ahora, desgraciadamente, no queda sino hilachas. Pero todos sabemos que una voz disidente, una

saforada carrera de asesinatos y masacres, de tierra arrasada en los pueblos indefensos, de homicidios indiscriminados en los ecologistas, los campesinos, los excursionistas, los que todavía piensan que esto es una patria; los políticos siguen en su cuento de pelearse una curul o un puesto público sin que la patria les importe un carajo; los estudiantes siguen maltratando el idioma y haciendo de la grosería y de la violencia verbal su lenguaje cotidiano; los campesinos continúan llegando a la indiferencia de las

Es tiempo de que nos paremos
a pensar **cómo** vamos a
devolverle **la dignidad** a
Colombia. No sólo a
nivel nacional, sino a
escala internacional.

voz de mando, una voz que grite la verdad, es acallada de inmediato. Hemos ido observando cómo a la voz de un hombre carismático que nos puede cambiar de rumbo, siempre las callan las balas de los asesinos. Al que habla de paz, lo mata la guerra. Al que predica la honestidad, lo mata la corrupción. Al que destapa la verdad lo calla la mentira. Al que grita su amor a voz en cuello le corta el cuello y la voz la fuerza bruta del odio.

Se nos rompió Colombia entre las manos. Se nos sigue cayendo a pedazos cada día. Y los corruptos, siguen robando a cuatro manos; los violentos continúan su de-

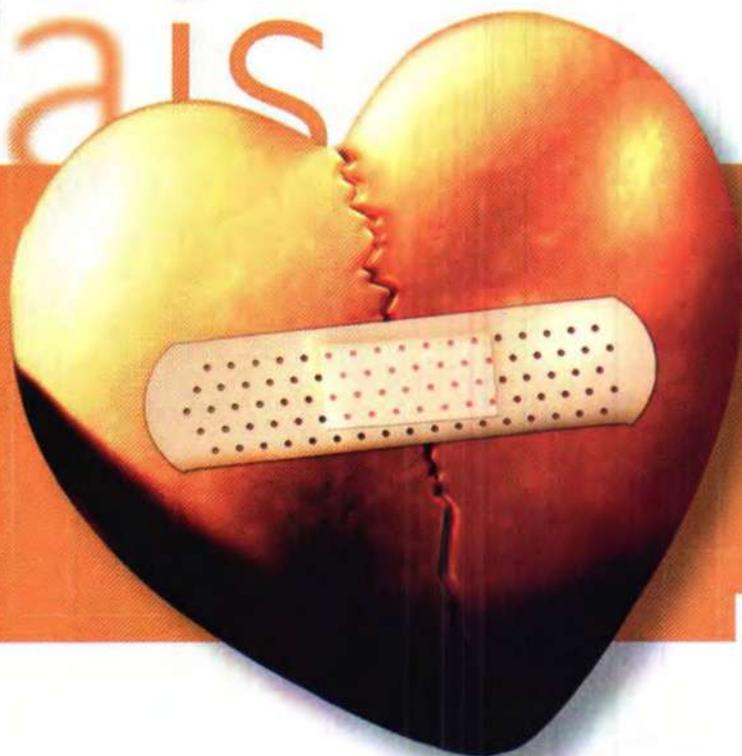
ciudades desde los campos de donde los echaron porque el trigo no rinde tanto como la amapola, y esta es una guerra de territorios; los muchachos que deberían estar construyendo la ilusión de un país limpio y ordenado, siguen metiéndose en el monte, en las filas de la represión o de la revuelta, para perpetuar la guerra, que no gana ninguno de los bandos en conflicto. Y la juventud, que es la carta con que podríamos apostarle al futuro, se queda en las trincheras de la barbarie o de la fuerza pública, que se ve impelida a meterse en el mismo juego sucio y terrible de la guerra.

Y no podemos decir que estemos mejorando. Basta con saber que, si a Colombia le prestan mil quinientos millones de dólares, no se va a construir con ellos una escuela; no se mejorará la atención médica en los hospitales que sistemáticamente se han venido cerrando; no se va a construir o a reparar un metro de las horribles carreteras que soportan los que aún se atreven a viajar. De todos esos millones se destinará más de un noventa por ciento a sostener la guerra. ¿Qué hace un país tan pobre como

destruir nuestra Casa grande. Asesinamos cotidianamente a nuestra madre y nos escondemos en una falsa dimensión de olvido.

Es tiempo de que nos paremos a pensar cómo vamos a devolverle la dignidad a Colombia. No sólo a nivel nacional, sino a escala internacional. Somos la vergüenza de un mundo cada vez más hundido en la tarea de la autodestrucción. Todos estamos secuestrados por nuestro propio miedo. Y seguimos a la espera de un líder que

País



roto

Colombia

el nuestro gastando los millones que lo endeudarán para todo el futuro, en tratar de imponer la paz mediante el ejercicio de la guerra? Al paso que vamos, y tal como dice Peregrino Cadena, el protagonista de "La última guerra", sólo conseguiremos la paz de los sepulcros.

Qué lástima que Colombia se haya roto, y que entre todos sigamos rompiéndola: con nuestra cuota diaria de resentimiento, con nuestra contribución de odio, con nuestro aporte de indiferencia. Estamos empeñados en

nos conduzca, de un gobernante que nos oriente, de una voz que nos convoque. Ojalá, si ese hombre carismático aparece, no lo maten. Ojalá seamos capaces de unimos a su alrededor; y de encender una antorcha de esperanza que nos haga menos difícil el camino. Pero, tal como vamos, lo que nos aguarda es el despeñadero de la tragedia. La guerra total, la guerra fratricida, o la desmembración del país en cuatro territorios diferentes, con distintos sueños. Ojalá no nos alcance la vida para verlo.